



LA LECTURA POPULAR

Año XLVI

ORIHUELA 1 DICIEMBRE DE 1928
Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

NUM. 1079

La ignorancia de Bartolo

Bartolo se quiere casar....
 Bartolo se levanta muy de madrugada y se va a buscar al Cura.
 El ha hablado muy pocas veces con los curas, ¿muy pocas?; hace muchos años que hizo su primera comunión y ya desde entonces no ha vuelto a atravesar palabra con gente de sotana.
 ¿Qué le dirá el Cura?
 Se extremece ligeramente; mas se repone; un hombre como él que ha corrido mucho, que ha visto el mundo por los cuatro costados no debe sentir escalofríos por hablar con un cura.
 ¡Ya llega a la Abadía.....!
 A pesar de sus reflexiones hombrunas, un coquilleo.... ¡tontol.... ¡muy tontol le sube del estómago a la garganta.....
 —Buenos días.
 —Muy buenos nos los dé Dios.....
 ¿Qué hay?
 —Me quiero casar.
 —Muy bien! ¿Lo ha pensado usted?
 —Ella me quiere y yo la quiero ¿para que esperar más?
 —Perfectamente.
 ¿Tiene V. la fe de soltería?
 —Desde luego.
 —Pues entonces vengan cuando quieran a examinarse de Doctrina cristiana.....
 —¿Doctrina cristiana? ¿Examen? Señor Cura: yo sé mucho.....; he visto mucho; pero ¿doctrina cristiana? ¡no sé! Ella, quizá,.....
 —No se apure; venga y yo se la

enseñaré. Un buen cristiano debe saber doctrina cristiana.
 —Y qué falta me hace? A mi mujer la dejaré que cumpla; ¡pero quien ha visto como yo el mundo no necesita doctrina cristiana.....
 —¿Y V. no tiene un alma que salvar? ¿Y V. no ha de conocer sus obligaciones de casado?
 —Sí señor; pero la doctrina cristiana.....
 —¿Qué cree V. que es la doctrina cristiana?
 —¡Yo.....!
 —La doctrina cristiana comprende las obligaciones que tenemos con Dios y con el prójimo..... ¿Como va V. a enseñar y cumplir esas obligaciones sino las conoce?
 —Pero la doctrina cristiana ¿no es... la ley de los curas?
 —La doctrina cristiana es la ley de todos los hombres, porque todos tenemos alma que salvar y obligaciones que cumplir

.....
 Bartolo salió aturdido de la visita. El que lo había visto todo y creía saberlo todo, ignoraba de lo que trata la doctrina cristiana.

L. ALMARCHA

CASOS Y COSAS

En Italia quieren varios elementos mal avenidos con la moral celebrar un concurso gimnástico femenino.
 Un concurso de gimnasia femenina, es el marimachismo llevado a su último grado.
 Y en esa exaltación marimachista

triunfan tres cosas: La malicia; la obscenidad y los bajos intereses.
 Los expectadores van por malicia; las mujeres gimnastas por obscenidad y los empresarios por bajos intereses, es decir: por cuartos.
 Eso de un concurso de gimnasia femenina, a nuestros abuelos, aunque nos remontemos a los griegos o romanos, los hubiese escandalizado y lo habrían tomado como broma pesada.
 Ellos hubieran quizá comprendido otras frivolidades más o menos reprecensibles; pero ¿un concurso gimnástico femenino?
 —
 El Papa ha reprendido públicamente la celebración del concurso y ha dicho que si se realiza será por falta en la sociedad actual del «sensus Christi», el sentido cristiano hijo del Evangelio.
 —
 ¿Qué dirían también los altísimos poetas Italianos si levantaran sus cabezas y vieran las mujeres que ellos cantaron nimbándolas con un delicado cendal de recato, aparecer semidesnudas agitándose como boxeadores?
 ¿Que diría Petrarca de su Laura?
 —
 Menos mal que la sociedad italiana parece que vuelve la espalda a esa importación extranjera y anticristiana.
 El sentido cristiano y la voz del Papa se imponen.....
 —
 Los periódicos de las surdas espa-

Selas que tanta bilis tienen almacenada por no poder vomitar contra las espadas han comenzado a vomitar contra las sotas a propósito de una obra teatral de otro bilioso.

Y esos periódicos tan valientes son los mismos, o hechos por las mismas personas, que querían llevar a España a la guerra europea.

¿Qué relación tienen estas y aquellas cosas?

Que los que antaño querían ser guerreros con la piel de otros, hogaño son los valientes que se callan como cobardes ante la fuerza y desfogan sus iras contra los que no tienen más que el hisopo.

Si el hisopo en vez de terminar en redondo terminara en punta ¡ah! entonces, ¿pobres curas? ¡no! pobre autor el que se metiera con el agua bendita.

A los ingleses les preocupa la circulación aérea.

Es mucha ya la gente que vuela.

Y hay aviadores que son peores que los conductores de automóviles: avión que vislumbran, avión que embisten.

¿Qué hacer?

¿Poner guardias de la porra en las travestías aéreas de mayor afluencia?

Tienen un inconveniente.

No se ha encontrado aun pájaros que sirvan para guardias de la porra ni Guardias de la porra que sean pájaros.

Los ingleses andan empeñados en fabricarlos.

Por si los intentos de manufactura resultaren vanos han encomendado al sabio que habla con Marte, que radiocomunique con los astros para ver si hay por allá pájaros de esa cuenta que puedan sernos enviados.

Con una docena serían bastante por ahora.....

A Hernán

Las tres reinas

(CUENTO)

Antigua, muy antigua, es esta historia; como que se refiere a los tiempos en que reinaban, en los dos más poderosos Estados que había entonces,

la reina Maricastaña y el Rey que rabió.

La reina Maricastaña fué una excelente soberana; su imperio era dilatadísimo, y su reinado fué feliz del todo. Lo único que anubló algún tanto la dicha de tan buena princesa fué la falta de un hijo varón al que transmitir el cetro y la corona; en cambio tuvo tres hijas como tres soles de hermosas, y además honestas, religiosas, discretas y sabias, y con todas las condiciones adecuadas para ser tan buenas regidoras de pueblos como su madre. Así es que S. M. Maricastaña no deploraba la falta de varón sino porque no sabía a cuál de sus tres hijas elegir para que le sucediera en el trono, toda vez que en aquel reino el soberano o soberana reinante tenía facultad de designar sucesor entre los herederos de primer grado.

Después de mucho cavilar la reina Maricastaña, considerando que las tres princesas, sus hijas, eran capaces, y observando además que comenzaban a predominar en el reino las ideas regionalistas, en virtud de las cuales yano estaban contentas las diferentes provincias con formar un solo imperio, tomó una resolución, que a la vez satisfizo a su corazón de madre y a los deseos de su pueblo, y fué la de hacer de su reino tres, poniendo al frente de cada uno a cada una de sus hijas. Las leyes del reino autorizaban a Maricastaña para esta división tripartita, que la opinión pública (como decimos ahora) aplaudió estrepitosamente.

Sintiéndose ya próxima a la muerte, la reina convocó en su cámara real a sus tres hijas, y les dijo:

«Hijas mías, dentro de poco seréis soberanas como he sido yo. Considerad que los reinos de la tierra no son sino algo así como vicariatos del reino del cielo y que nuestro Señor Jesucristo es el verdadero y único Rey, del que los príncipes somos vicarios en lo temporal; gobernad pues, en nombre de Jesucristo y para su gloria y pensad más en la estrecha cuenta que habréis de dar en la otra vida que en las satisfacciones y vanidades que a los príncipes ofrece la presente; sed, en una palabra santas, porque un rey santo es el mayor don que Dios puede dar a un pueblo. No olvidéis nunca que, aunque el reino se divida para que reinéis las tres y se aumente la fuerza y la majestad del

conjunto, todo el imperio que yo he regido es de la misma raza, tiene la misma historia y probablemente tendrá el mismo porvenir, de suerte que, al vínculo político que ha existido bajo mi cetro, debe suceder bajo los vuestros el de una estrechísima e indisoluble alianza; las tres tendréis un enemigo común, que es nuestro poderoso y ambicioso vecino el Rey que rabió, el cual apetece nuestras tierras para dilatar su señorío; procurad, pues, defenderos de este potente rival, ya con las artes de la diplomacia, ya con la fuerza si es preciso, recordando que ese hombre, por lo mismo que está siempre rabiando, en todo encuentra pretexto para armar camorra a sus vecinos».

Después de dichos tan excelentes consejos y de cumplir todos sus deberes religiosos, murió la reina Maricastaña, cuyos tiempos aún echan tantos de menos. Y las tres princesas hechas a su madre regias funerales, partieron a sus respectivos Estados.

La mayor, que se llamaba Marisabel, era una princesa varenil, aficionada y ducha en todos los ejercicios de la casa y de la guerra; gustaba de pasar revistas a sus tropas a caballo, vestida de amazona, y comprendía que el poder de los Estados radica en gran parte en la fuerza de su ejército, y ésta en la virilidad de las costumbres. Así que, en cuanto se hizo cargo del gobierno, decretó que todos los ciudadanos, sin exceptuar ninguno, tomaran las armas y se ejercitaran en ellas continuamente, y que los recursos del erario se dedicasen a la construcción de fortalezas, parques, cuarteles y caminos militares; ella misma daba el ejemplo viviendo en su palacio con la austeridad castrense que los poetas antiguos fingieron en Diana; en vez de ricos trajes gastaba cotas de malla como pintan a Juana de Arco; y se vana en todo, abolió las leyes que había en el reino, sustituyéndolas por la ordenanza militar. A tal punto llevó su afición, que a las mujeres las llamaba *cañizeras*, porque decía ella que el principal oficio de las del sexo débil era cuidar de sus guerreros de la nación; a los niños los reservistas; a los ciegos, los inválidos; a los sacerdotes, los capellanes; a los civiles, plazas; a los tenderos, provisionistas; y así todo era castrense en esta nueva España, regida por la

intrepida, gallarda y arrogante amazona Marisabel.

Maripepa, que era la segunda hija no estaba conforme con las ideas de su hermana. Para ella era muy bueno que los Estados tuviesen fuerza militar proporcionada a sus recursos y a sus aspiraciones; pero si esta fuerza es excesiva—decía, ella,—es como armadura de hierro puesta a un hombre débil que, lejos de servirle de escudo o defensa, le agobia con su intolerable peso. Mi hermana—pensaba Maripepa—se cree poderosísima porque sus regiones se cuentan por millares de millares de hombres; y no sabe lo infeliz que en su reino es general el disgusto por la severidad de las leyes, por lo excesivo de los impuestos y porque no todos, ni mucho menos, tienen las mismas eficiencias militares que la soberana. Con estas ideas, Maripepa se decidió por la política económica: fomentar la agricultura, la industria y el comercio fué su principal objetivo; y en fundar fábricas, abrir vías comerciales, ajustar tratados de comercio e introducir en su reino nuevos cultivos, consumió su actividad y sus recursos. Y, en efecto, el reino empezó desde luego a prosperar, y únicamente se hablaba allí de negocios, y se generalizó en todos los súbditos el deseo de enriquecerse por el trabajo y el tráfico.

La menor de las hijas de Maricastaña, la dulce y angelical Marijuana, era indudablemente una princesa que tenía más corazón que entendimiento, y eso que no le faltaba talento. Pero todas sus facultades estaban como iluminadas y encendidas por un fuego de amor que brotaba de lo más íntimo de su ser, y que se comunicaba con calor gratisísimo a todo lo que trataba o tocaba ella. Para Marijuana la religión, la política, la ciencia, el arte, la vida, todo se resumía en esta fórmula suprema: amar a Dios sobre todas las cosas, y a todas las cosas por Dios, en Dios y para Dios. Pero esta fórmula no la aplicaba ella por la vía del raciocinio, sino por efusiones del corazón; salía de su pecho, no con la seca majestad de la tesis, sino como un torbellino de fuego, capaz de encenderlo y abrazarlo todo.

Marisabel había concebido su reino a modo de un campamento; Maripepa, a la manera de una factoría; Marijuana, lo concebía como una

gran familia de la que era ella madre. Marisabel decía refiriéndose a sus súbditos: *mis soldados*. Maripepa: *mis agricultores y comerciantes*. Marijuana decía sencillamente: *mis hijos*. Marisabel, en sus discursos, decía siempre: *sed fuertes*. Maripepa: *sed ricos*. Marijuana no hacía sino repetir y glosar lo que San Juan Evangelista, ya muy viejo, predicaba constantemente a sus diocesanos: *amaos los unos a los otros*.

Y ¡oh desdicha de las cosas humanas! Los reinos de Marisabel y Maripepa se convertían en una paz y en un orden mucho más solemnes que el de Marijuana. Porque a Marijuana sucedía lo que a muchos buenos: que no era muy difícil engañarla, y que había bribones que abusaban de su bondad. Por eso los sabios del país proclamaron que, siendo Marijuana la mejor de sus hermanas en cuanto a corazón y virtudes, era indudablemente la peor de las tres reinas. Y ¡quién sabe adónde hubieran llegado estas habillitas si acontecimientos imprevistos no hubieran cambiado la situación general de las cosas!

Fué el caso que, viéndose Marisabel con un ejército tan brillante, resolvió atacar el vecino reino del Rey que rabió, y dispuso que se abriera inmediatamente la campaña. Pero sus súbditos, hartos de impuestos y temerosos de la guerra que se preparaba, se sublevaron en gran número contra la reina amazona, y lo que iba a ser guerra de conquista, se convirtió en intestina o civil. Los desertores proclamaron reina a Maripepa, diciendo que más valía tener una soberana fomentadora del trabajo y de la riqueza, que no un sargento de caballería con falda que sólo pensaba en guerras y en desastres.

Y Maripepa, cegada de la ambición que tan común es en los príncipes, entró con un ejército en el reino de su hermana, como aliada de los revoltosos.

Acudió a defenderse Marisabel con las tropas que le seguían fieles, y habiéndose trabado la batalla en vez de quedarse ella en un lugar retirado y seguro, como a su sexo y dignidad convenía, se puso en primera fila armada de todas las armas y sucedió que una flecha disparada por los contrarios la mató en el primer encuentro, con lo que, desanimados los suyos, huyeron a la desbandada

y quedaron los dos reinos por Maripepa.

Satisfecha ésta por tan considerable acrecentamiento de su señorío, se aprestó a defender el único imperio de los ataques del Rey que rabió, que ya, aprovechando la confusión de la guerra civil, había entrado en el antiguo reino de Marisabel. Pero los agricultores, los comerciantes e industriales del reino de Maripepa protestaron entonces contra esta necesidad de la política de su soberana, y dijeron que sus intereses no les permitían seguirla por este camino; resultado: que se dejaren conquistar pacíficamente por las tropas del Rey que rabió, y cogiéndose Maripepa la pusieron en la frontera despidiéndola sin ninguna cortesía.

El Rey que rabió quedó dueño de dos reinos además del suyo, y, para redondearse de una vez atacó también el reino de Marijuana. Esta buena reina entonces reunió a sus súbditos, y les dijo: «Por mi no quiero que haya muertes y desastres. Disponed de vuestros destinos como os parezca mejor. Yo sólo os recomiendo que os améis muchos unos a otros».

Pero ¡qué habían de hacer caso aquellos súbditos de esta recomendación de su soberana! Al oírle hablar así, todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, ancianos y jóvenes, hombres y mujeres, se echaron a llorar de entusiasmo y de coraje, y gritaron a una: ¡Eso no; primero moriremos todos que perder tan excelente reina! ¡Maramos defendiendo a nuestra madre! Unos con armas, otros con palos, y hasta muchos con escobas, salieron contra el ejército del Rey que rabió. Y aunque no eran muy belicosos de suyo, aquellos naturales, ni tenían grandes tradiciones, ni una organización excelente, ni caudillos muy sabios, el amor a su reina les infundió tal valor que derrotaron al invasor, y Marijuana la reina del amor y de las virtudes, quedó por soberana de todo el imperio de Maricastaña. ¡Lo que no habían podido lograr, ni mucho menos la reina de la fuerza ni la reina de la riqueza!

A. Salsedo

El pueblo cristiano amó siempre con predilección el misterio de la Inmaculada.

El Papa de la Inmaculada

Recuerdo histórico

Hallándose Pío IX en Imola, visitando el Asilo de la Infancia, fundado por él mismo, dignóse referir a las Hermanas del Buen Pastor, a cuyo cargo corría el Establecimiento, las impresiones que experimentó su ánimo en el solemne momento en que su voz proclamaba Inmaculada a María, el 8 de Diciembre de 1854. La Superiora pensó recoger las palabras de Pío IX, y fué escribiendo a medida que él hablaba.

«Los Cardenales y los demás Prelados del séquito habían quedado dentro; Pío IX, continuando la visita del Asilo, se hallaba en el segundo piso, y cuando estuvo cerca de una sala que no tenía aún destino especial, quiso que entráramos allí, dando a entender a las Hermanas que quería descansar un poco, y deseaba hablar algo más afectuosamente con nosotras. Habló de los sucesos ocurridos desde su partida de Imola, de su elevación al Pontificado, hasta aquel día. Al llegar a la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María, animada por una benévola sonrisa, le dije:

»—¿Será indiscreción preguntaros, Padre Santo, cuáles fueron los sentimientos que experimentó vuestra alma en el momento en que vuestra voz proclamó a María concebida sin mancha original?

»La mirada de Pío IX, siempre dulce y penetrante, se hizo más benévola.

»—¿Creéis, hija mía—dijo—que el Papa quedó arrebatado en éxtasis y que María se le apareció en aquel momento?

»A lo que repliqué:

»—Nada tendría de extraño, Padre Santo, que la Virgen María se os hubiese manifestado en el instante en que Vuestra Santidad la glorificaba del modo más solemne posible; esto es, cuando ordenaba a todo el mundo y a todas las generaciones futuras creer que la pureza de María jamás había sufrido mancha de ninguna especie.

»—Pues bien—contestó el Papa—yo no tuve éxtasis ni visión alguna

pero lo que experimenté al definir aquel dogma es tal, que ninguna lengua humana lo podría expresar.

»Cuando comencé a publicar el decreto dogmático, sentí que mi voz era impotente para hacerse oír de la inmensa muchedumbre (50.000 personas) que se apiñaba en la Basílica Vaticana; pero cuando llegué a la fórmula de la definición, Dios concedió a la voz de su Vicario tal fuerza, y un vigor tan sobrenatural, que hizo resonar toda la Basílica. Y yo quedé tan impresionado con tal socorro divino, que me ví obligado a suspender por un momento la palabra para dar libre desahogo a las lágrimas.

»Además—añadió el Papa—mientras Dios proclamaba el dogma por boca de su Vicario, Dios mismo dió a mi espíritu un conocimiento tan claro y tan grande de la incomparable pureza de la Santísima Virgen, que abismado en la profundidad de este convencimiento, que ninguna lengua podría descubrir, mi alma quedó inundada de delicias inenarrables que no son de la tierra, y que no pueden experimentarse más que en el cielo.

»Ninguna prosperidad, ningún gozo de este mundo podría dar de aquellas delicias la menor idea, y yo no temo afirmar que el Vicario de Dios tuvo necesidad de una gracia especial para no morir de dulzura bajo la impresión de este acontecimiento y de este sentimiento de la belleza incomparable de María Inmaculada.

«Finalmente, queriendo descender casi hasta el nivel de nuestra comprensión,—añade la Hermana—Pío IX dijo:

»Vos fuisteis feliz, hija mía, felicísima en el día de vuestra primera Comunión, y más aún en el de vuestra profesión religiosa. Yo mismo conocí lo que significaba ser feliz en el día de la ordenación sacerdotal. Pues bien, reunid toda esa felicidad, añadidle otras aún, multiplicadlas sin medida para formar de todas juntas una sola felicidad, y tendréis así una pequeña idea de lo que experimentó el Papa el día 8 de Diciembre de 1854.

»A medida que el Papa hablaba, su persona quedaba como transfigurada, y nosotras—concluye la Hermana—

maravilladas, llorando de emoción y con el corazón rebosando de gozo sobrenatural, nos decíamos, como los Apóstoles en el Tabor: ¡Oh, cuán bueno es estar aquí!...»

Caridad ingeniosa

Un comerciante había invitado a sus amigos a comer en su casa de campo. Quería,—les dijo,—regalarlos con lampreas, pescados de mar muy estimados. Muchos manjares habían pasado ya por la mesa, cuando se les sirvió un plato cubierto, en el cual esperaban los convidados ver figurar las lampreas. Pero al descubrirlo, vieron, en vez de pescados, algunas monedas de oro.

Entonces dijo el comerciante:

—Amigos míos: los pescados que os prometí cuestan este año tres veces más de lo que yo creía. Las lampreas se venden a cinco duros pieza. Ahora bien: yo me he acordado que hay en el pueblo un pobre jornalero enfermo, cuyos hijos no tienen que comer. El dinero que costaría un plato de lampreas bastaría para alimentar esa familia medio año. Si persistis en comer esos pescados, los compraré y os serán servidos sin perder momento. Pero si, por el contrario, consentís en que enviemos su precio a esa desgraciada familia, os haré servir excelentes pescados de río que costarán mucho menos.

Todos los convidados, no solo aprobaron la caritativa proposición de su huésped sino que cada uno de ellos añadió una moneda de oro a las que había en el plato, y así, el pobre jornalero quedó a cubierto de la miseria más de un año.

¡Maldito sea el que, pensando solo en placeres mundanos, sus riquezas gasta en grandes festines, y del pobre que de hambre se muere no se acuerda!

Las Glorias de María, por San Alfonso María de Liguori.—Novísima edición encuadrada en tela, que contiene prácticas devotas, himnos y jaculatorias en honor de la Sma. Virgen Precio: 3 PESETAS, franco de porte en toda España. De venta en esta Administración, Bellot, 3 Orihuela.

Tip. LA LECTURA POPULAR.—Orihuela